

parte más ó ménos numerosa del cuerpo sacerdotal logró disfrutar de cierto bienestar. En estas circunstancias, cierto número de criminales, lobos lanzados sobre la grey, penetraron fraudulentamente en el santuario que con su vida escandalosa deshonraron. Pero no son estos ciertamente los que fijaron el dogma y la moral católica. Nótese que entre las innumerables decisiones de moral otorgadas por Alejandro VI, Papa de apenadora memoria, ni una siquiera se encuentra que merezca el más mínimo reproche.

Hoy por hoy, la condicion del sacerdote, humanamente hablando, es muy pesada. En Francia mismo (no hablamos de Irlanda, donde el sacerdote católico, al lado del pastor protestante retribuido con largueza por su ministerio nulo, debe vivir del pedazo de pan que comparte con él, el hambriento aldeano; ni de la pobre Polonia, ni de los países infieles); en Francia mismo, decimos, la inmensa mayoría del clero vive en un estado de mortificación vecino á la indigencia. Salvo ciertos cargos eminentes y alguna que otra parroquia excepcional, *mil francos* y un eventual casi nulo, ó poco ménos, constituyen el recurso con el cual un cura debe sostener su casa, dar hospitalidad, comprar libros necesarios para sus estudios, emprender los viajes que le exigen sus negocios, cuidarse en sus enfermedades y tomar parte en las buenas obras de la parroquia. Tal es la situacion financiera de un hombre que para llegar al puesto que ocupa ha debido sacar de las privaciones que se impuso u-

na familia cristiana, ó de las limosnas de los fieles, la suma necesaria para atender á los gastos que ocasionan quince años de estudios, *Mil ó mil doscientos francos al año*, sin tener siquiera un modesto retiro al fin de toda una vida de trabajos, ¡qué fortuna! ¡qué atractivo en esta época en que el dinero es el dios del siglo y en que un oficial de escritorio de tercera ó cuarta clase cobra á la edad de veinte años un salario superior al sueldo de un sacerdote cargado de almas á quienes dirigir!

Si al sacerdote le consideramos bajo el punto de vista de su amor propio, no hallaremos más halagueña su condicion. Indudablemente los verdaderos católicos, y aun la parte honrada de los indiferentes, le conceden marcadas deferencias. Pero, en contraposicion, qué de frialdades ofensivas, qué de insultos, qué de sarcasmos, qué de calumnias, qué de negocios espinosos que arreglar con los malévolos, con los testarudos ó con los necios! En otro tiempo las faltas del hombre se encubrían con la dignidad de su traje; hoy el hombre está obligado á obtener á fuerza de santidad personal el respeto debido á su hábito, y no lo logra muchas veces.

¡Y el corazón! Él también, el sacerdote necesita de afecciones! En lugar de las de familia, de las que ha hecho tan generoso sacrificio, debiera encontrar el reconocimiento en las almas á quienes se consagra, y casi siempre encuentra la ingratitud. Apenas el adolescente, objeto de su solicitud paternal, ha hecho su primera comunión, cuando deserta de

la Iglesia y cree dar muestra palmaria de virilidad pasando arrogante-mente delante del cura sin quitarse el sombrero. Colocado entre intereses los más opuestos, ¿tiene acaso la desgracia de reprender á alguno? pues se inflaman las susceptibilidades y se desencadenan las lenguas. Pobreza, oscuridad, aislamiento de corazón: hé ahí la condicion de la masa de los sacerdotes católicos. Algunos que por la fortuna adquirida de sus antepasados, por su talento excepcional, se elevan sobre el común nivel, ¿no podían, viviendo en el siglo, ser por él más ricos, más distinguidos, más admirados?

No sospecha el mundo cuán de espinas está sembrada la senda del sacerdote. Levantarse á la mitad de la noche para ir lejos á asistir á un moribundo; respirar allí una atmósfera que puede ser contagiosa; aguardar en ayunas, para celebrar una misa de velacion ó unos funerales, á los parroquianos que no tienen prisa; el Domingo, también en ayunas, celebrar el oficio y anunciar la palabra de Dios; y esto dos veces consecutivas en tantos sitios en los cuales la biacion se ha hecho necesaria; además, en las parroquias fervientes, pasar una parte de su vida encerrado en el confesonario para escuchar pacientemente la interminable sucesion de las mismas faltas. Trabajar sin fruto en santificar y moralizar las almas rebeldes, sostener luchas atroces, ser testigo del desfallecimiento de los buenos y de los atentados de los perversos; pasar de golpe de una parroquia, en la que se ha aclimatado, á otra desconocida y poco agra-

dable; violentar constantemente sus personales inclinaciones para tener paz con todos; sentirse invisiblemente espiado por un sin fin de ojos, prestos á trasformar en crimen la más ligera imprudencia; tener enemigos obre como quiera, y no atreverse á desahogarse en el seno de la amistad por temor á la indiscrecion y á los celos: este es sólo un ligero bosquejo de la vida real del sacerdote.

Semejante existencia ofrece á la naturaleza pocos atractivos. ¡Ya se ve! Y donde la fe disminuye desaparecen las vocaciones sacerdotales, y los mismos mendigos prefieren la cruz de su indigencia á la pesada del sacerdocio.

La profesion del sacerdote, si no fuese una profesion divina, seria la más tonta de todas. No se vieran en Francia de cincuenta á sesenta mil hombres, que habiendo tenido la estupidez de abrazarla, tuvieran el horrible valor de perseverar en ella hasta los bordes del sepulcro.

### El descanso del Domingo.

Julio Simon, que no puede tildarse de beato preocupado, estrechado solamente por la evidencia de la razon, dice lo siguiente en el periódico *Le Temps*:

“Todo el mundo piensa que es preciso dar á los obreros el derecho legal de descansar un dia por semana.

Un punto es en el que hay divergencia. ¿Se descansará el domingo ú otro dia?



Entre los que rechazan el domingo no veo á nadie que tenga su dia predilecto. Se tomará entre los demás dias el que se quiera; pero no se quiere dar un privilegio al domingo.

¿Y por qué?

En ello no puede haber más que una de estas dos razones: la eleccion del domingo agrada á los católicos; la eleccion del domingo parecería un acto de sumision, ó cuando ménos de deferencia hácia el catolicismo.

Me tomo la libertad de decir á los que se preocupan con ambas razones, que tan nécia es la una como la otra.

Un hombre de buen sentido, evidentemente se complacería en agradecer á los católicos, sobre todo, si eso no le costaba nada. Y no solamente no le costaría nada, sino que eso sería agradable para él mismo, aun cuando fuese el más irreconciliable enemigo del catolicismo. Para guardar como festivo cualquiera otro dia que no sea el domingo, habrá que renunciar á una costumbre veinte veces secular, trasformar absolutamente el método de vida, hacer el dia del descanso doblemente insupportable para los que descansan solos y para los que solos trabajan, y crear innumerables dificultades para la designacion del dia de descanso: ¿quién le señalará en las fábricas? ¿El amo ó los obreros? En fin, trasformar todas las administraciones públicas que, hasta el presente, guardan el domingo. Y no digo la razon más grande, que es el dia de asueto de los niños. ¿Qué será de ellos y qué de vosotros mismos si

el dia de asueto no es el mismo en la escuela? Hay, pues, mil razones para guardar el domingo.

Os ruego que penseis un poco en el inmenso ridículo de que se cubre un pueblo que hace una ley, y semejante ley, únicamente para molestar á los católicos.

Y reflexionad en la singularidad de un pueblo católico que da por razon de sus determinaciones la voluntad de herir y ultrajar á los católicos!

Si en lugar de rechazar el domingo por molestar á los católicos, lo rechazais por no obedecerles, yo os pregunto de qué teneis miedo? ¿Es de obedecerles ó simplemente de parecer que así lo haceis? En el primer caso estais muy poco seguros de vuestra voluntad, y en el segundo estais muy poco seguros de vuestra dignidad.

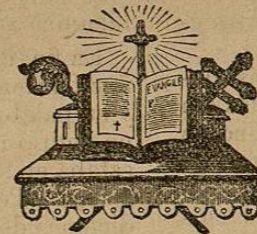
Por lo demás, haced las leyes que querais; no vemos en eso otro inconveniente que el de habituar al pueblo á no hacer caso de la ley.

La tercera república no es más poderosa que la primera. Y cuando ésta quiso obligarnos, bajo pena de muerte, á aguardar el *décadi* y trabajar el domingo, nos burlamos perfectamente de ella.

Pero no os remonteis tan alto. Hace ocho años, querias abolir el matrimonio y los entierros religiosos. Hacíais vuestros discursos mas hermosos para lanzar el anatema sobre los pobres de espíritu que se casaban en la Iglesia y que por la Iglesia se hacían enterrar. Hoy, mi escritorio está cubierto de cartas de *montañeses* que me invitan á concurrir á su cortejo fúnebre, oficios de difuntos y entierro.

# COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. JESUS BERRUERO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, ABRIL 22 DE 1891.

NUM. 56.

## SECCION I.

### DISCURSO

#### DE SU SANTIDAD EL SR. LEON XIII

Al Sacro-Colegio de Cardenales,

EN LA AUDIENCIA SOLEMNE

DEL 2 DE MARZO.

Otro año de Pontificado se ha cumplido para Nos en estos dias. Ha transcurrido tambien en medio de solicitudes y de amarguras muy graves á consecuencia de contrariedades de todo género, suscitadas en todas partes contra la Iglesia. En cuanto al año que comienza, si la Bondad divina nos concede vida, Nos no sabemos lo que traerá; pero las condiciones actuales de la sociedad humana nos hacen presentir que será fecundo en nuevas tribulaciones.

Nos recibimos como oportunos y altamente gratos los votos que por Nos eleva hácia Dios el Sacro-Colegio de Cardenales segun acaba de manifestar á Nos por órgano de su decano. Lo que aumenta á nuestros ojos el valor de esos votos y la satisfaccion que experimenta nuestro corazon es que los habeis confiado á la poderosa intervencion del Pontífice San Gregorio el Grande, una vez que el 13.<sup>o</sup> centenario de su eleccion

revivan y sean ilustrados los hechos de ese memorable pontificado.

Léjos de Nos la sombra de pensamiento alguno que mirara á establecer la más lejana comparacion con un Pontífice tan grande por tantos títulos. Su grandeza no puede ser para Nos sino un estímulo para seguir desde lejos sus espléndidos ejemplos.

Los tiempos, sin embargo, se parecen en muchas cosas, y es útil sacar de esta semejanza enseñanzas y confortantes para las necesidades y males de nuestra época.

Entonces como ahora, la Iglesia y el Pontificado fueron combatidos por enemigos encarnizados. Los lombardos y los bárbaros tentaron durante mucho tiempo la paciencia y la constancia de San Gregorio; pero tal vez experimentó más sensibles sufrimientos con el hecho de otros enemigos interiores, menos feroces que los bárbaros, pero más perniciosos y más astutos. Los bárbaros, en suma, á la predicacion evangélica, perdiendo su ferocidad nativa, se suavizaron, se convirtieron á la fé y adoptaron sentimientos cristianos y costumbres civilizadas.

Por el contrario, los enemigos interiores, en plena luz de la verdad, permanecieron ciegos, hostiles al Papa y rebeldes á la Iglesia.

En nuestros dias, el número de estos enemigos es mayor que nunca; por lo mismo que es más refinada su malicia, es más implacable su odio; pero sus malvados artificios, sus emboscadas, sus asaltos, no prevalecerán contra la roca